



En la prensa de Madrid apareció hace algunos meses un artículo sobre la existencia de un proyecto de edificio de altura que iba a ser construido en la calle de Alcalá, contiguo al Círculo de Bellas Artes, para sede central del Banco Popular Español. El asunto realmente revestía importancia para la ciudad, y, en consecuencia, a los pocos días aparecieron unos sueltos en la prensa remitidos por el Ayuntamiento y Comisaría de Ordenación Urbana de Madrid en que se hacía constar que en los citados Organismos no se tenía la menor noticia sobre este proyecto.

Así las cosas, y con objeto de conocer exactamente los términos de la cuestión, un grupo de arquitectos, juntamente con los arquitectos del Banco, celebraron una reunión en que se trató de este problema. Consecuencia de esta reunión fué el informe que sobre lo allí tratado remitieron los arquitectos del Banco a su cliente, por expreso deseo de éste. Como el problema, repetimos, tiene auténtica trascendencia, nos ha parecido oportuno dar a conocer los términos de esta reunión a los lectores de ARQUITECTURA.

Se ha dicho con evidente razón que los arquitectos tenemos grave responsabilidad en lo que hacemos porque unos pocos años de mala o despistada arquitectura dan al traste con la mejor ciudad. Viene a recuerdo el caso de San Sebastián, de todos muy conocido, pero que interesa siempre traer a colación.

En líneas generales, y soslayando un excesivo rigor histórico que no afecta a la esencia de la cuestión, la reconstrucción de San Sebastián en el siglo XIX, después de la destrucción de la ciudad por los franceses fué, como era natural que ocurriese, motivo de muchas discusiones por parte de quienes tenían a su cargo la enorme y difícil tarea que se les había encomendado. La ciudad antigua estaba en escombros, la hacienda municipal arruinada, los recursos de que se disponía prácticamente nulos. Y surgieron dos tendencias: la de las gentes prácticas, realistas, que a la vista de la magnitud de la catástrofe ofrecían y propugnaban solucio-

nes factibles y, por otro lado, la de los idealistas, que veían una ocasión única, partiendo del cero en que se encontraban, de rehacer su ciudad con rango, decoro y decencia. Un caso concreto pone bien a las claras estas dos tendencias: el parque Alderdi Eder. En aquellos solares que entonces no eran nada más que, como gusta de decir Alejandro de la Sota, pura tierra, los realistas proponían (hay un proyecto en San Telmo) construir unos almacenes que con su alquiler hubieran proporcionado muy buenos ingresos a la debilísima tesorería municipal. Los idealistas, por contra, en aquella pura tierra propugnaban que se hiciera ¡un parque! Hay que ponerse un poco en ambiente y pensar cómo debió acogerse esta insólita proposición. Un parque en San Sebastián, incendiado, arruinado, acosado por innumerables problemas acuciantes. Ideas de locos o de tontos.

Felizmente para San Sebastián y para España entera aquellos locos supieron convencer. El parque y otras muchas cosas se hicieron y resultó la ciudad más bella que nuestro país ha sabido crear en estos tiempos. Desgraciadamente aquellas sabias normas no han sido continuadas y ya no es San Sebastián el modelo urbano que sus creadores iniciaron.

Es importante, por consiguiente, oír a las gentes que tienen verdaderas ideas aunque parezcan poco serias y poco prácticas, cuando de las cosas de la ciudad se trata, porque una realista, pero desgraciada, solución que posiblemente resuelve de momento un inmediato problema deja una terrible herencia para el futuro de la ciudad que ya nadie ni nada es capaz de arreglar.

Con todo lo dicho no se pretende, Dios nos libre, no ya asegurar, sino ni siquiera sugerir que lo que más adelante encontrará el lector que guste de continuar sobre estas páginas sean las buenas soluciones que la ciudad requiere. Solamente se pide comprensión y buena voluntad para estas opiniones que son consecuencia de un auténtico y sincero cariño hacia Madrid.

CESAR ORTIZ ECHAGÜE. A mí me parece que esta reunión es de la mayor importancia, y esperamos obtener de aquí ideas que nos han de valer no sólo a los arquitectos, sino a la Junta del Banco, que está deseosa de poseer un buen criterio.

En primer lugar, he de decir que no hay proyecto de rascacielos. Esta ha sido una ligereza, quizá no demasiado bien intencionada, y un motivo para dar que hablar. El Banco, como os he dicho, no tiene resuelto nada definitivo y espera las opiniones de todos. Nosotros lo que hemos hecho ha sido empezar a estudiar el programa interno del Banco, y como tenemos tiempo y no nos acucian los plazos, este programa que realmente es muy complejo, lo estamos desarrollando con mucho cuidado. Hemos estudiado y hemos hecho muchas soluciones de tanteos de fachadas y de volúmenes, pero no tenemos, repito, nada definitivo y ésta es la razón por la que todavía no hemos ido a consulta de los organismos oficiales; en consecuencia, cuando en el periódico apareció esta información sensacionalista, tanto el Ayuntamiento como Comisaría dijeron públicamente que ellos no tenían ninguna noticia sobre este asunto.

Por las fotos que veis, recordando este conjunto tan conocido de todos, observaréis que el problema es difícilísimo, porque se trata de un solar de poca fachada, con una casita contigua, que aunque fué modificada en

su proyecto original, tiene un valor histórico y artístico. Y está emparedado entre dos edificios monumentaloides: el Círculo de Bellas Artes y el Ministerio de Educación Nacional, que no tienen nada que ver uno con otro, y a mi juicio tampoco tienen nada que ver con la buena calle de Alcalá. Esto se agrava porque el edificio del Ministerio presenta una tremenda medianería que no hay modo de soslayar, a no ser que se tire o que se haga a su lado un edificio de suficiente altura para que la tape. Las dos soluciones igualmente absurdas.

El solar tiene 38 metros de fachada por 30 de fondo y las ordenanzas municipales permiten 25 metros de altura más un ático. Con todo esto que llevo dicho a mí me gustaría ahora oír vuestras opiniones.

GASPAR BLEIN. En Madrid hay algunos precedentes de soluciones hechas con bastante o, por mejor decir, con muy buen criterio, y ahora que recuerde están la de la Caja de Ahorros en la calle de Alcalá, contigua a la Iglesia de las Calatravas, francamente acertada; la del edificio de El Fénix, al lado de las Calatravas, también bien resuelta; el Banco Exterior en la Carrera de San Jerónimo y alguna solución equivocada, no por volúmenes, porque no creo que sobrepase mucho lo permitido en las ordenanzas, sino por su traza arquitectónica, que encuentro francamente inadecuada al lugar donde está.



ANTONIO PERPIÑA. Creo que hay que tomar en consideración toda la manzana y, por tanto, este nuevo edificio ha de mantener una altura de cornisas determinada más que menos por el conjunto de casas de la calle de Alcalá, pasado el Ministerio de Educación.

A mí me parece que lo que se haga con este edificio va a sentar un precedente de una gran importancia y por ello debemos todos intentar que se resuelva de modo óptimo, porque, con independencia de sus tres problemas—de uso, de volumen y de fachada—está el que se ha traído a discutir entre arquitectos, y si no sabemos dar unos consejos eficaces estableceremos, repito, un precedente muy desagradable.

EMILIO LARRODERA. Independientemente de todos los problemas de volumen y estética creo que hay un problema fundamental que es el de su uso en relación con el emplazamiento previsto. Creo que en la calle de Alcalá no cabe ya un edificio bancario de estas características, pues añadirá a los problemas circulatorios ya existentes otros del mismo carácter. Creo que antes de entrar en consideraciones estéticas debe analizarse serenamente si al Banco no le interesaría más buscar otro emplazamiento, por ejemplo, en el Centro Comercial de la Castellana. Lo que es indudable es que a quien no le puede interesar un nuevo edificio de oficinas en este emplazamiento es a la ciudad.

MANUEL HERRERO PALACIOS. Es evidente que al Banco este solar le interesa precisamente porque está en la calle de Alcalá y ése es su valor. Lo mismo que un estreno de una película en un cine de la Gran Vía tiene más importancia que el estreno en el Carlos III, un banco que se sitúa al lado de los otros grandes se valora de modo distinto que si se va a otro lugar. Necesita, por consiguiente, la calle de Alcalá como propia propaganda.

LUIS PEREZ MINGUEZ. El problema que ha planteado este Banco con su proyecto de nuevo edificio pone de manifiesto la evolución que ha sufrido esta importante calle madrileña. La calle de Alcalá, que muchos de nosotros hemos llegado a conocer, tenía un carácter humano, un poco pueblerino si se quiere, pero lleno de atractivo, con un ambiente propicio a la conversación, al cambio de opiniones, a todas esas cosas que tienen calidad humana. Todo esto se ha ido perdiendo y en su lugar aparece una calle fría, deshumanizada, que rinde su tributo al espíritu que está dominando esta época: al trabajo, a la economía.

El Madrid de los "veinte" aceptando esa denominación que han impuesto, como tantas otras cosas los americanos, era la ciudad alegre y confiada, y por tanto, acogedora y simpática. Ahora Madrid ya es mucho menos alegre, muy poco confiada y desde luego poquísimamente simpática. En Madrid ahora se trabaja, si no tanto como en Alemania, si bastante más que lo que se trabajaba hace años. Esto es indudablemente un gran beneficio para todos: pero como todas las cosas tienen su cara y su cruz, su pro y su con-

MIGUEL FISAC.—A mí me parece que hay que buscar un elemento que enlace con las casas que siguen al Ministerio en un módulo más humano y no en una retícula al modo y moda que se ve hoy tanto en el extranjero. Yo destacaría la estructura de este nuevo edificio enlazándola, como digo, con la de esas casas de muy buena arquitectura. Naturalmente es fundamental que se establezca una relación con el Ministerio para que esta casita medianera quede incorporada a esta traza general del nuevo edificio. El colosal problema de esta zona es precisamente la casita.

El enlace del edificio nuevo con el Círculo de Bellas Artes, a mi juicio, debería ser retirándose de él para dejar exenta la torre del Círculo.

PEDRO BIDAGOR. Conviene a la propia entidad Bancaria examinar despacio la posibilidad de una gran instalación en la calle de Alcalá, porque, como ha indicado Larrodera, estamos en momentos en que la concentración bancaria en el centro de Madrid empieza a tener tantos inconvenientes como ventajas y es fácil profetizar que pronto se iniciarán edificios bancarios importantes fuera del actual centro de Madrid.

Desde el punto de vista de los intereses generales urbanísticos de la ciudad, todo aumento de la congestión comercial y circulatoria de un centro ya muy agobiado es evidentemente perjudicial.

En cuanto al volumen del nuevo edificio, parece claro que, situándose entre dos edificios tan importantes por su volumen como son el Círculo de Bellas Artes y el Ministerio de Educación Nacional, no conviene plantear un nuevo elemento vertical que aumente la anarquía de este sector; más bien es oportuno construir una edificación que no destaque demasiado y para ello nada más sencillo que atenerse al volumen establecido por las Ordenanzas vigentes.

tra, también este cambio de la fisonomía de Madrid lleva aparejada la pérdida del carácter simpático y feliz que tenía. Este Banco, queriendo hacer su edificio social en plena calle de Alcalá, en el sitio donde estuvieron los cafés de La Granja y Negresco que, repito, hemos conocido muchos de nosotros y donde se pasaba de lo lindo, este Banco no hace más que seguir la línea y la norma del cambio que se ha operado en nuestra ciudad, destacando quizá más la cosa por la notoriedad del emplazamiento.

Este mismo hecho que a nosotros ahora nos preocupa ha sucedido ya hace años en otras ciudades europeas y americanas. Nosotros siempre con nuestro sempiterno retraso lo estamos acusando ahora con cincuenta años de defasaje con respecto al mundo adelantado. Es el problema de la creación de la City, del que estos países más civilizados ya están de vuelta. En todas partes, en Londres, en Nueva York, los elementos directores de la economía centralizada del país se agruparon en la capital de un modo perfectamente funcional y atendiendo a dar, del mejor modo, solución a sus propios problemas de eficacia de su trabajo. Esta centralización resolvió de una parte el que por la proximidad de sus oficinas los servicios y relaciones entre ellas se realizan del modo más perfecto. Al mismo tiempo que se cumple esta condición de funcionamiento está el aspecto de propaganda, la sensación de poderío que se da al país demostrando en la agrupación física de sus grandes edificios la importancia que en la vida y en la actual sociedad tiene la economía. Se ha dicho muchas veces y lo vamos a repetir ahora que la Edad Media destacaba la importancia de sus catedrales no sólo porque la grandiosidad de estos edificios era un homenaje a Dios, sino también para materializar la idea de que esta sociedad estaba organizada en la fe religiosa.

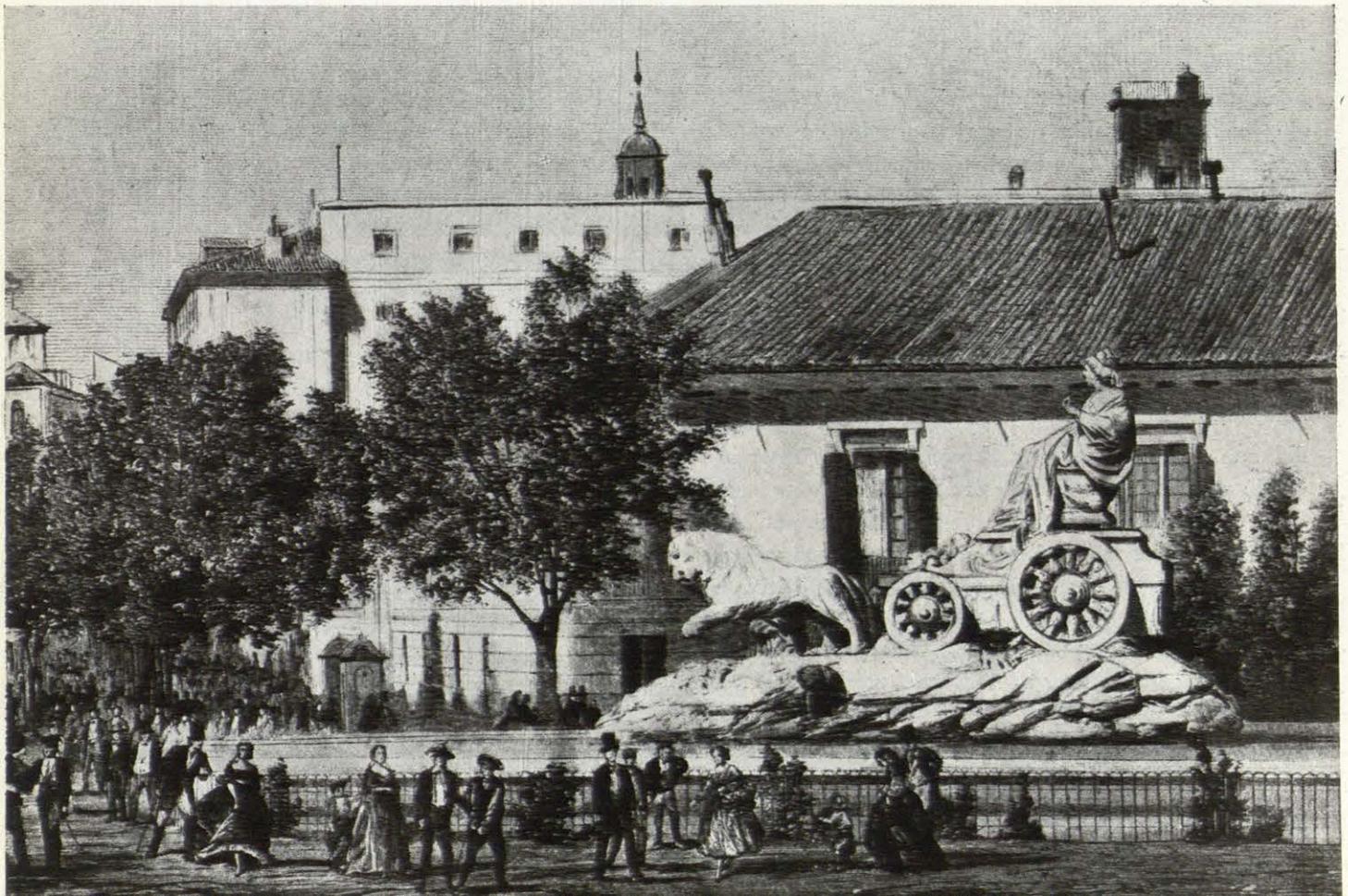
Estos dos aspectos que son los que fundamentalmente dan la norma y la clave del por qué de estas concentraciones bancarias se refuerzan además con la necesidad de que los grandes locales comerciales que ahora están preparados para servir a las masas tengan en su proximidad los establecimientos de crédito, los bancos, que son uno de los pilares en los que estas organizaciones se apoyan.

Todo este gran complejo económico para que funcione bien tiene que estar muy próximo y con muy eficaces enlaces. Y así se organizaron las Cities de estos países adelantados. Pero la cosa allí fué creciendo tan desmesuradamente que la deseada concen-



tración se les convirtió en un insoportable amontonamiento, y lo que era eficaz para diez ha resultado absolutamente ineficaz y antifuncional para cien. Es decir, que ellos ya están de vuelta de estas concentraciones y van a soluciones de dispersión que eviten la asfixia en que ahora han caído. En Nueva York, por ejemplo, los elementos bancarios asesorados por sus eficaces organismos estadísticos observaron que la concentración producía un efecto beneficioso en la marcha de sus negocios hasta un momento determinado en el que las estadísticas señalaron una estabilización a pesar de que la concentración siguiera aumentando. Acusando finalmente el hecho de que la sucesiva superconcentración a que habían llegado producía un descenso en los márgenes de ganancias. ¿Por qué esto? Sencillamente porque los problemas de tráfico, de estacionamiento, de carestía del terreno, de iluminación y ventilación defectuosa de oficinas, en fin, de multitud de consideraciones de orden puramente técnico, repercutían de modo

La calle de Alcalá, según un grabado del "Museo Universal", 1862-1863. En cien años escasos la arquitectura de esta célebre calle ha sufrido una total transformación, de acuerdo con los gustos de cada tiempo. No hay, por consiguiente, que rasgarse muchas vestiduras si los arquitectos de este Banco hacen aquí un edificio actual. Lo que sí importa es que sea de buena arquitectura.



directo en la marcha irregular de los negocios; porque de una parte las gentes rehuyen el acudir a esos sitios tan molestos y de otra los empleados trabajan mal.

Se produce un fenómeno de retraimiento instintivo de las gentes que no acuden a los sitios donde toda incomodidad tiene su asiento.

Este proceso llegó inmediatamente a conocimiento de las minorías directoras de las finanzas quienes solicitaron el informe primero y la solución después de los técnicos urbanistas que podían resolverlos.

Como ya el mal estaba hecho, como se había caído, con una total imprevisión, en unos problemas fenomenales, las soluciones que se dieron y que se siguen dando son sumamente difíciles y para nuestro caso no tienen demasiada utilidad porque el problema se nos plantea a nosotros con muy diferentes características. Pongo el ejemplo solamente para hacer ver cómo allí, en Estados Unidos, un país eminentemente realista que no gusta de gastar el dinero en poco útiles elucubraciones han ido a esta colaboración entre los elementos financieros y los técnicos convencidos de la absoluta necesidad de este trabajo en común. Nosotros, repito, por nuestro atraso y nuestras mucho más débiles posibilidades estamos en la coyuntura de aprovechar la experiencia de estos grandes y no caer en los mismos errores en los que ellos han caído. En este punto existen dos tendencias: una de quienes dicen que es necesario recorrer todo el camino para que la propia experiencia dé la solución que a nuestros particulares problemas corresponde y otros, por el contrario, estiman que se puede dar el salto y situarse ahora en el mismo punto al que han llegado los demás.

Los partidarios de la primera solución opinan que por tratarse de un organismo la evolución es precisa, que ella es la que prepara las minorías directoras que a la vista de las experiencias de cada día van adquiriendo las precisas enseñanzas y dando las oportunas soluciones. Que en estos problemas económicos hay que contar con el factor humano, y el hombre tiene que ir asimilando poco a poco estos conocimientos y estas enseñanzas.

No es lo mismo que un problema de puro orden mecánico. Cuando por ejemplo en España se han empezado a construir coches se ha ido a la inteligente solución de adoptar un modelo del día y no se ha intentado la solución evolutiva de empezar con el coche del año 10 y seguir poco a poco su desarrollo hasta llegar al modelo del año 58.

En el caso de la transformación radical del espíritu de una ciudad si parece necesaria la creación de un equipo de gentes directoras preparadas que poco a poco vayan haciendo suyas, vayan imbuyéndose de este espíritu urbanístico absolutamente necesario para dar solución de conjunto a los colosales problemas que las nuevas ciudades están planteando. Un director de un banco, normalmente, no tiene conocimiento de teoría urbanística aunque conoce y experimenta las consecuencias de un mal planteamiento de la ciudad. Es decir, sabe como repercuten en sus propios problemas los problemas de la ciudad, pero como el problema técnico en sí le es desconocido, resulta que no colabora en sus soluciones, produciendo unos retrasos y entorpecimientos a todas luces nefastos.

En el común beneficio se hace necesario que la sociedad cuente con un grupo de minorías directoras que en sus distintas actividades financieras, culturales y técnicas estén en estrecho contacto y relación. Concretamente considerando el campo financiero, del que aquí se trata por el problema que estamos considerando, yo estimo que está dirigido por personas de un gran nivel técnico y cultural, de una inteligencia en muchos casos privilegiada y desde luego perfectamente permeables a cualquier sugerencia que esté apoyada en argumentos sensatos y convincentes. Porque están convencidos y tienen la experiencia de que estas razones, en definitiva, son favorables a sus propios intereses.

Aquí en Madrid, aprovechando la notoriedad de este edificio que ha planteado este importantísimo problema podríamos decir que tenemos una buena solución que es la descongestión de esta City que estamos creando en lo que todos llamamos "el Centro"

con el futuro Centro Comercial previsto en la avenida del Generalísimo. Es una solución ortodoxa que puede aceptarse perfectamente. O mejor dicho, que podría aceptarse porque para ello sería necesario que hubiéramos llegado a disponer de esas minorías directoras con la suficiente madurez de criterio urbanístico para considerar la posibilidad de ir paulatinamente haciendo el traslado a ese Centro Comercial sin producir colapsos económicos que ahogaran a la ciudad. O la arruinaran.

Entiendo que este caso que accidentalmente se ha traído aquí es de una enorme trascendencia, porque ha planteado el problema urbanístico en toda su amplitud con unos elementos tan decisivos y fundamentales para la vida de la sociedad actual como es el de los directores de bancos, de los directores financieros del país. Que es fundamental que el grupo minoritario que dirige la economía del país supere el complejo de superioridad que su enorme poder y su misma fuerza le confieren, lo que es muy humano, y que pensando en la misión importantísima que por su función ejercen en la vida de la sociedad, y con este sentido de responsabilidad, inicien los contactos con los elementos técnicos para dar solución a estos problemas que a todos nos afectan.

Con independencia de esto yo veo aquí un aspecto que me preocupa extraordinariamente y que se refiere a la tremenda responsabilidad que a los arquitectos nos corresponde por la posición clave que en estos problemas tenemos. Por la trascendencia que tiene su actuación acertada o equivocada, por la necesidad de la existencia de un grupo de arquitectos que sientan y comprendan el urbanismo con un enfoque elevado y trascendente.

Parece que esta posición lleva aparejado el llamado peligro de la tecnocracia. No es así: los técnicos somos los primeros que nos hemos dado cuenta de la exageración a que conducen las especializaciones y la necesidad de humanizar la técnica. El urbanismo es técnica que equilibra la frialdad de una especialización con un conocimiento universal y humano. Los técnicos ni somos ni queremos ser unos monstruos maquinistas.

Antiguamente el arquitecto llevaba la actividad ordenadora de la ciudad, y los resultados de esta actuación están a la vista en todas las ciudades antiguas. Con la llegada de la especialización, el arquitecto perdió esta misión rectora, porque la actividad que desarrollaba el arquitecto en los problemas estéticos, filosóficos y urbanísticos de la ciudad ha sido ahora troceada, subdividida en varias técnicas que se han desarrollado, no sólo independientemente, sino muchas veces en pugna. Esta ha sido y es una situación catastrófica, porque ha deshecho la posibilidad de una solución total de los problemas de la ciudad al ser resueltos con una visión única. Si ahora consiguiéramos tener un grupo de arquitectos preparados, conscientes de esta tremenda obligación y responsabilidad habríamos hecho un servicio de primer orden a nuestros conciudadanos, o, por mejor decir, habríamos cumplido con la obligación que nos impuso la elección de la profesión a que dedicamos nuestra actividad. Esta es, profesional y socialmente, una coyuntura única que a los arquitectos se nos presenta y que tenemos la obligación de poder y saber resolver.

Exclusivamente depende de nosotros esto. Depende de que estemos dispuestos a decir lo que tenemos que decir con tiempo y con la resonancia y la claridad a la que estamos obligados. De que estemos dispuestos a no pensar que tenemos nosotros solos la verdad en nuestras manos. Que estemos dispuestos a escuchar las opiniones ajenas, las necesidades, los gustos, las aficiones de los demás. Esto supone una entrega, una dedicación total a este trabajo. Supone tener el sentido de responsabilidad que no admite claudicaciones ni medros ni egoísmos. Que la nuestra es una posición clave que requiere los mayores esfuerzos y los más constantes sacrificios.

No podemos quedarnos indiferentes ante esta situación, y celebro muchísimo y agradezco sinceramente la ocasión que por la actitud de este grupo financiero que ha traído este problema se nos presenta para dar esta voz de alarma entre todos nosotros para que los arquitectos, y no me cansaré de repetirlo, consideremos las dificultades que el problema tiene, la necesidad de su solución y la urgencia de que estemos preparados técnica y moralmente para darle satisfactoria solución.